LO QUE PODEMOS CONTAR

Mario Miguel Ojeda

LO QUE PODEMOS CONTAR



Primera edición: marzo 2022
© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.
© Mario Miguel Ojeda

ISBN: 978-84-19151-60-5
ISBN digital: 978-84-19151-61-2
Depósito legal: M-6378-2022

Editorial Adarve
c/Ros de Olano, 5
28002 Madrid
info@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a la memoria de Guillermo de León Adams; en su compañía y con su aliento me hice lector: en gran parte por él ahora puedo dar este paso.

Recordar u olvidar es hacer una labor de jardinero, seleccionar, podar. Los recuerdos son como las plantas: hay algunos que deben eliminarse rápidamente para ayudar al resto a desarrollarse, a transformarse, a florecer.

AUGÉ (1998: 23) EN *LAS FORMAS DEL OLVIDO*.

IBA CON SUFICIENTE TIEMPO

El tiempo es el mejor autor; siempre encuentra un final perfecto.
CHARLES CHAPLIN

I

Me siento en este escritorio que tanto me gusta. Inmediatamente, haciendo acto de concentración, me pongo a ordenar mis pensamientos. Lo logro, a tal grado que en unos minutos estoy listo para empezar a escribir. Tengo la necesidad y unas ganas que no puedo contener. Apenas mi lapicero empieza a deslizarse parsimoniosamente sobre las líneas en la libreta, me llega a la memoria que ese día iba con suficiente tiempo. Recuerdo que eso, en alguna medida, me reducía la tensión, me relajaba un poco y me daba espacio para razonar y reflexionar mientras el viaje transcurría. Iba cómodamente sentado en un vagón con pocos pasajeros. La imagen del entorno —veo los atuendos, las fisonomías y las expresiones— ocupa momentáneamente mis pensamientos. Pero debo pensar en mí, eso lo sé, y me obligo a regresar a mis evocaciones.

Me recuerdo diciéndome que me había preparado bien, realmente bien. En esa escena, obligándome a retomar mis reflexiones, evoco todo lo que ahora, en el preciso momento de escribir, puedo enfocar con mi atención que, por mi arbitrio, se está desempeñando de manera

fraccionada. También me decía que aquello que sé que me pasará es simplemente extraordinario. Concluyo, cuando lo escribo, que eso es lo fundamental.

Así, ahora ya mirando la página escrita casi a la mitad, haciendo un resumen, puedo decir que el recuerdo que me ocupa es el de estarme sintiendo inmensamente feliz, plagado de una dicha verdaderamente especial. Hoy, al estar abordando esta tarea pendiente —la de darle forma a este relato— me digo cuando tomo una pausa —pasando la vista sobre el librero principal—, que no podía ser de otra forma. Sé que en ese momento en el que viajaba en el metro, sabía que me esperaba el evento culminante de mi carrera. Atrás se estaban quedando los desvelos, las malpasadas, las incomodidades y, sobre todo, la incertidumbre sobre qué era lo que seguía.

Mientras escribo otro renglón me ubico, regresando con mis pensamientos a lo que sucede en el vagón, que es donde me veo al hacer la evocación. Nuevamente estoy ahí; ahora el metro está haciendo una parada —unos que suben, otros que bajan—. En ese preciso instante, desviando mi atención —porque nuevamente arrancamos— me percibo vislumbrando mi meta. Recuerdo que la sentía muy cerca, y eso me llenaba de emoción. Estaba seguro que después del trance por venir —el cual no dudaba que requeriría lo mejor de mí— estaba la ansiada estabilidad. Pensé con gran emoción que sería profesor asistente de tiempo completo, que ganaría la plaza por oposición, y que con eso se consolidaría el arranque de mi carrera académica. Para nada era menor el logro que

estaba por conseguir; lo entendía muy bien, y me sentía orgulloso de todo lo que había sido capaz de hacer hasta entonces. Rompo mis evocaciones, pero a pesar de eso mi cuerpo se resiste a abandonar el recuerdo: siento nuevamente aquella emoción, que poco a poco se atenúa conforme retorna la distancia.

Mientras escribo, cuando aún estoy ocupado por ese recuerdo, necesito tomar aliento; respiro profundamente mientras me digo que las cosas después pasaron de alguna manera previsible: «los azares se conjugaron con mis afanes, y poco a poco logré el lugar al que aspiraba». Me perturbo porque no me gusta cómo digo esto último. Lo escribo, lo tachono, y después respiro varias veces. No sé si me gusta del todo. Lo dejo así. Miro el librero otra vez —lo encuentro hermoso en su tamaño, en su ocupación, por los volúmenes que lucen acomodados, por su organización—. Respiro y entonces ya he regresado totalmente adonde estoy escribiendo; ya no estoy en el metro, ya no estoy en ninguna otra parte. Logro superar totalmente la sensación de la doble ubicación. Otra vez estoy en el presente, solamente escribiendo. Tomo un tiempo para leer. Ahora, finalmente, sí me satisface: me gusta cómo se lee, como fluyen las ideas plasmadas. «Voy bien», me digo.

II

«El trabajo paga», recuerdo que me había dicho mi supervisor el Dr. McDouglas justo cuando cumplí mi primer año en Norwich. Había venido para un posdoctorado, casi seis meses después de que concluí los trámites administrativos para la obtención de mi título —documento que necesitaba debidamente apostillado. (Lo conservo en un estuche muy elegante, bien guardado en el fondo de un cajón de un mueble que está en la sala, y de cuando en cuando lo saco para mirarlo: Doctor en Ciencias Biológicas, por la Universidad Nacional Autónoma de México, la famosa y prestigiosa UNAM).

Cuando uno hace un recuento de su vida académica, eso de decir «entonces obtuve el título de doctor…» se escucha simple; pero ahora que lo estoy recapitulando, y precisamente cuando me ubico en esa etapa, recuerdo que ese grado fue el resultado de cinco años de arduas labores; sobre todo fueron arduas las de los tres primeros, que se distinguieron por el excesivo trabajo: casi veinte salidas a campo por periodos de al menos una semana, además de que tuve que tomar y acreditar varios

cursos, y encima no bajar la guardia en el estudio y dedicación atenta que implicaban los talleres y, sobre todo, la atención especial que me merecían los seminarios, los muchos seminarios, tantos que ni siquiera me di tiempo para hacer una vida mínimamente digna —y me refiero a esa vida integral que reclama una ciudad tan llena de vida y opciones culturales como es la Ciudad de México—.

Recalco esto porque tengo que decir que en esos primeros tres años de mis estudios doctorales no hice otra actividad que no estuviera directamente relacionada con mi proyecto formativo. Había asumido una disciplina inflexible para hacer todo aquello que sabía que me garantizaría tener el mayor desempeño del que yo era capaz y, en consecuencia, las mejores notas para mi expediente académico. Tanto era aquello que me abstraía en esa dinámica que a veces me la pasaba trabajando sin acordarme de comer. Me acuerdo de las varias veces en que esto pasó; en la mayoría de esas ocasiones, vine a reparar en el hambre justo hasta que el cansancio ya me estaba venciendo —lo que sucedía usualmente pasada la medianoche—. Afortunadamente mi casera de aquel entonces se preocupaba genuinamente por mí y me ofreció —por una módica cuota adicional— un esquema de desayuno rápido antes de salir a la universidad, y bocadillos por la noche, que —con algunas bebidas nutritivas que yo me traía de la tiendita de la esquina— fue lo que me permitió transitar durante esa etapa —que ahora califico de un esfuerzo sobrehumano— prácticamente sin enfermarme. (En este momento decido hacer un paréntesis para en-